

Contestación
de
don Ramón Díaz Sánchez

Señor Director de la Academia Nacional de la historia,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Cuando el señor Director de la Academia me encomendó la honrosa misión de saludar al Doctor Parra Pérez a su llegada a esta Casa que es suya, no vacilé en aceptar el encargo porque con ello se me daba oportunidad para expresar mi opinión —mi humilde pero sincera opinión—, en torno a la obra del ilustre maestro.

No en vano pasan los años para las realidades de la conciencia y no inútilmente existe el pasado con sus experiencias cargadas de sugerencias. El Parra Pérez que miro en este momento, ya al fin instalado en el alto sitial que desde hace diez y ocho años le tenía reservado esta Institución, es el hombre de historia, el del pensamiento profundo y el de la serena doctrina elegida con libertad y nutrida de universales conocimientos. Atrás ha quedado el político, el diplomático, el hombre de apetencias mundanas. Para nosotros, los que anhelamos aún su enseñanza, es motivo de júbilo encontrarnos con él en este momento.

Haciendo profesión de modestia, Parra Pérez encuentra asaz generosa la distinción que se le dispensa al admitírsele en el seno de esta Corporación. ¿Habría alguien con más derecho que él para habitar y presidir esta Casa? Pero si es ejemplar su modestia más lo es la pregunta que nos plantea para sustentarla: "¿a quién es lícito titular historiador, y qué es, en realidad, la historia?" He aquí una compleja cuestión en torno a la cual se han hecho las más variadas y medulosas disertaciones. El propio doctor Parra Pérez, a quien sin duda ha preocupado este asunto, hace, gala de su extraordinaria cultura y busca en Fontenelle, en Renán y en otros insignes historiadores una definición sustancial que es —así lo creemos— la que a él ha servido para guiarlo a través de sus largas y fecundas lucubraciones. En él están reunidos el filósofo, el jurisconsulto, el filólogo y el artista sustentando brillantemente una vocación que absorbe la vida entera. Y naturalmente estos dones, canalizados por un tan austero y ceñido sentido de disciplina, no podían producir otros frutos que los que ha dado el Dr. Parra Pérez a la historiografía venezolana. Hele aquí en la cima de una carrera en la que ha servido con provecho a su patria, entregado a la estupenda labor que le ha granjeado tan

merecido renombre. Yo examino la trayectoria del escritor, orientándome por la cronología de sus obras, y me siento lleno de admiración ante el caudal de sabiduría, ante el *élan* estético y ante la austera imparcialidad que preside su pensamiento. Y hablo de *élan* estético porque si es cierto que "el romanticismo es inaceptable en la historia", también lo es que sin una raizal emoción no se pueden recrear, como él sabe hacerlo, los grandes hechos históricos.

Es de suponer que cuando Parra Pérez salió de su país para iniciar en Europa su larga vida de diplomático, llevase ya definida su vocación de historiador. Conozco trabajos suyos de ejemplar solidez ideológica que ostentan fecha de 1919. Sin embargo es con un libro escrito en francés que se inicia su gran carrera de historiador. Este libro es su *Miranda et la Revolution Française* editado en París en 1925. La historia, se ha dicho y no se discute, es una ciencia y como tal hay que tratarla con rigurosa objetividad, con imparcialidad y con frialdad analítica; y de que Parra Pérez profesa este saludable criterio da fe su inconfundible doctrina. Sin embargo no creo que se pueda negar que el estímulo de esta obra es una gran admiración por el héroe y un evidente propósito de justicia. El escritor debía andar por los treinta años cuando se enfrentó con la admirable vida del Precursor, incomprendida y deformada por la ignorancia, y decidió emprender su reivindicación en el propio escenario de sus revolucionarias andanzas.

No sé, repito, si fue la grandeza obscurecida del Precursor la que hizo a Parra Pérez historiador; lo que sí me atrevo a decir es que fue esa grandeza la que le hizo gran historiador. Es tan intenso y vehemente su anhelo de esclarecer la gloria del personaje, que utiliza la lengua de Francia —esto es, la lengua del mundo moderno— para entrar en contacto con esos pueblos al que un idealista indiano, enamorado como ellos de la libertad, consagró sus mejores días mientras esperaba el momento de servir a su propia patria. Hasta entonces —lo confiesa el historiador en alguno de sus escritos— la historiografía fue para él un violín de Ingres. En lo adelante será una pasión absorbente y un camino definitivo. Llama a Miranda "el gran Incomprendido" y explica, refiriéndose a los historiadores franceses que lo han mencionado, la razón de la incompreensión: "En Francia hay dos ideas sobre él: una que se encuentra en los raros libros de historia que no han escamoteado su nombre de la escena, se formó con las calumnias propagadas durante la época revolucionaria; otra, la de un pequeño y generoso grupo que toma interés por los países latino-americanos, se funda en la leyenda: la ardiente e ingenua leyenda de Paúl Adam". A lo que añade en otro lugar: "De su contribución al movimiento de las ideas durante la Revolución francesa, sobre todo, de los servicios efectivos y honorables que en el campo de la guerra prestó a

Francia, cuyos soldados mandó en jefe ante el enemigo, apenas queda, con la inscripción de su nombre en el Arco de Triunfo de la Estrella, un recuerdo esfumado, que relega hacia la penumbra cómplice la mayoría de los historiadores franceses, acaso secretamente incomodados por la irrupción de aquel extranjero importuno en los gloriosos anales de su nación".

Otros libros, preparados simultáneamente y quizá con anterioridad a su investigación mirandina, va a producir Parra Pérez en esta que podríamos señalar como la primera etapa de su labor: *Bolívar, contribución al estudio de sus ideas políticas* (1927); *La Cartera del Coronel Conde de Adlercreutz* (1928); *El Régimen Español en Venezuela* (1932); pero Miranda es el tema central de meditación, la cantera por excelencia para la investigación y el estudio durante por lo menos dos lustros. Por él va a librar el historiador prolongadas y recias polémicas y gracias a él podrá, en 1926, rendir uno de los más importantes servicios a la historiografía nacional, como es el del rescate de los papeles del Precursor que durante ciento catorce años permanecieron en Inglaterra, en la biblioteca de los lores Bathurst. Mientras tanto, de las variadas facetas y sugerencias espirituales del prócer surgen trabajos tan sugestivos y tan agudos como los dedicados a Madame de Custine (1927 y 1951), a la *Historia de la Primera República* (1939), que marca un hito de singular trascendencia en la obra del ilustre investigador, y a los diversos aspectos de la actividad mirandina estudiados en densos ensayos que se recogen en un volumen aparecido en 1943 y que lleva por título *Páginas de Historia y de Polémica*. Mas no se detendrá allí, como es lógico suponerlo, una obra que representa lo más real de una vida tan metódicamente organizada y tan plenamente dotada para la función de pensar y escribir. Si la primera etapa de esta labor está en gran parte polarizada por una emoción en la que vemos amalgamarse la agudeza del juicio con un depurado sentido estético y con una extraordinaria capacidad para el trabajo documental, algo grave carga en la segunda nos seducirá la amplitud y variedad de motivos y el seguro criterio crítico que orienta al autor a través de la impresionante masa de documentos que ha logrado acoplar para esta gestión. La República a lo largo de sus vicisitudes políticas y sociales ocupa ahora la atención del historiador, y Santiago Marino, el héroe oriental de ascendencia irlandesa, es el centro de un vasto y complejo análisis que abarca medio siglo de la historia de Venezuela. Siete gruesos tomos aparecidos entre 1954 y 1960,¹ han sido necesarios para el examen de este turbulento período, pero aún el historiador ha hallado lugar para escribir un volumen más, de casi setecientas páginas, en el que estudia el

¹ Ya escritas estas palabras llega a mis manos el séptimo tomo - tercero del *Mariño y las guerras civiles*- en cuyo preámbulo se advierte que es el penúltimo de la serie. De consiguiente esta etapa de nuestra historia ha dado al doctor Parra Pérez materia para ocho volumen

apasionante episodio de *La Monarquía en la Gran Colombia* (1957). Ésta es, en su estructura fundamental, la obra hasta hoy publicada de Parra Pérez.

¿Qué es lo que caracteriza esta obra? Si se me limitase a una sola expresión para definirla, yo diría que lo que le da su inconfundible carácter es su substancia analítica. Pero con ello me quedaría corto. A esta simple definición habría que añadir otras cualidades que de ninguna manera pueden considerarse adjetivas: su universalidad filosófica, su método riguroso, y, como complemento ^e no desdeñable importancia, la robustez, corrección y elegancia del estilo.

Entre la variedad de matices que pueden señalarse en la numerosa familia de quienes escriben historia, dos tipos bien discernibles caracterizan la especie: uno que permanece en éxtasis ante el pasado, fascinado por el prestigio irrectificable de los héroes y de sus hechos, y otro que se proyecta críticamente hacia el presente y el porvenir. Parra Pérez pertenece a este rango. "Comprender la historia —ha dicho en el discurso que acabamos de oírle— significa ver cómo el presente surge del desarrollo del pasado. De allí su importancia y de que, con miras al porvenir y de acuerdo con sugestión que quiero apropiarme, no deba tomársela como mero enunciado de hechos aislados sino más como tendencia hacia fines ideales". Así, con estas graves palabras, nos ha explicado su posición en una polémica que por lo menos desde el siglo XVIII viene ocupando a los teóricos de la historia. Ésta es para él una fuerza que si bien obedece a los imperativos de la naturaleza, sólo puede moverse conscientemente, esto es, por el impulso de las ideas. Por ello el historiador, cuya misión substancial es buscar la verdad, no puede fragmentarse en parcelas, o lo que es lo mismo, no debe perder de vista los fines universales. "Nuestro método —puede leerse en la Introducción del *Mariño, El Libertador de Oriente*, tomo primero— excluye los compartimientos estancos; y nuestro nacionalismo, por fuerte que sea, no basta para hacernos imaginar que los hechos ocurridos en el territorio de la patria y realizados por sus hombres puedan apreciarse y explicarse sin relacionarlos con el mundo exterior". Como se ve, no es tan simple escribir la historia. Si se tratase únicamente de acumular los materiales para la narración de los hechos pasados, todo sería cosa de coser y cantar. Pero esta idea simplista de la historiografía no satisface al pensamiento de hoy porque no colma la concepción filosófica que da su verdadero sentido a la historia. "Quiérase o no -ha dicho también Parra Pérez- la historia se basa en un recomenzar perpetuo y está siempre sujeta a transformación". ¿Y qué ha querido decir con esto? Entre otras cosas ha querido decir que la historia no es un texto ni un centenar de textos igual que el hombre no es un simple agregado de células cuyo único objeto sea alimentarse y

reproducirse. Ha querido decir también que el historiador debe estar dispuesto a corregir y rectificar siempre que nuevas comprobaciones le impongan esta conducta, como lo hizo ya él mismo gallardamente en relación con algunos puntos de su *Miranda et la Revolution Française*, ejemplo que puede apreciarse en la carta que escribió al historiador norteamericano Robert E. Barclay, en 1928, y la cual figura en sus *Páginas de Historia y de Polémica*.

Pero esto último no es más que un aspecto de interés secundario que he querido traer a cuento para mostrar en sus menores detalles la honestidad del Dr. Parra Pérez. Lo verdaderamente importante de él es el sentido de su misión y la profunda valoración filosófica que la orienta. Y permitidme que insista en este particular en razón del interés que a mi juicio reviste para los miembros de esta Corporación.

En efecto, no pocas veces se ha hablado aquí, en esta Academia, de algo que debiera ser permanente preocupación e interrogante perenne de nuestros historiadores. La Academia cumple sus fines que son los que le planteó el Decreto de su creación. Pero ¿no será conveniente el que de vez en cuando nos inclinemos sobre el discurso del Dr. Rojas Paúl para desentrañarle su verdadera intención filosófica? Tantos años han transcurrido desde el día en que nació a la vida esta Corporación, y tantos cambios han ocurrido desde entonces en el mundo que nos rodea -no sólo en el campo social y político sino en el de la ciencia y filosofía-, que el panorama que nos ofrece el propio país es notoriamente distinto al de aquellos tiempos. Problemas particulares, problemas locales aislados casi por completo del universo, eran lo que ocupaban la historiografía nacional cuando un grupo de intelectuales atraídos por las indagaciones de la ciencia positivista comenzaron a imprimir un sesgo distinto a los estudios de la materia. Y fue estimulado por esta corriente que Rojas Paúl, que era un político y que se sentía víctima del politicismo imperante en nuestra historiografía tradicional, concibió la idea de encauzar las especulaciones historiográficas mediante un instituto oficial capaz de poner orden en la anarquía y en el desbarajuste ideológico de nuestros viejos historiadores. ¿Hasta qué punto ha contribuido esta Institución, dentro de los designios que alimentara su fundador, a desarrollar el ritmo científico y filosófico que han alcanzado la sociología y la historiografía en el mundo contemporáneo? He aquí un tema de reflexión que me ha asaltado más de una vez leyendo los libros de Parra Pérez, para quien lo ha dicho en el pórtico de su *Marino* - "la historia oficial no es siempre y forzosamente la verdadera".

Noble y laboriosa misión tiene en este aspecto de su tarea nuestra respetable Academia, pero justo es decir que ninguno de los hombres que la componen es ajeno o indiferente a ella. La presencia

de Parra Pérez en esta asamblea, el sentido de su discurso al tomar asiento en el sillón que se le ha destinado y la renovada lectura de sus grandes trabajos de madurez en los que está agudamente presente la substancia de su doctrina, van a tener un influjo nuevo -así lo esperamos- en esta faceta del quehacer académico. Supuesto que la historia no se somete a dogma y si es verdad que está siempre sujeta a transformación, la atención de los académicos tendrá que volcarse hacia el mundo de nuestros días en busca de signos que contribuyan a la explicación del pasado. ¿Es que, acaso, el fenómeno actual no es parte del drama histórico? ¿Es que las ideas que nos cercan y nos hacen sentir sus impactos no nacen de las fuentes pretéritas? ¿Puede haber algo más fecundo, algo más útil para la labor del historiador que el espectáculo que ofrece la juventud en su afán de hallarse y de explicarse a sí misma?

Con la filosofía ha ocurrido en nuestro país igual que con las otras manifestaciones de la cultura: suponemos que los antepasados no tuvieron nociones de ella y que todo comienza con cada nueva generación. Por esto, como está ocurriendo hoy en el campo del arte y en el de la literatura, volvemos los ojos a Europa y aun al Asia y nos entregamos a las más desarticuladas corrientes sin advertir en nuestro entusiasmo hasta qué punto entorpecemos con ello el armonioso discurrir de una historia que es tan nuestra como el agua que bebemos y como el aire que respiramos. Hasta dónde es responsable de este fenómeno el historiógrafo que sólo se atiene a los viejos papeles es una pregunta que no creo fuera de lugar en esta Casa y en este acto. La filosofía de la historia concibe al hombre en su valor absoluto, esto es, como ser y por lo mismo integrado a una realidad natural y a un complejo de pensamiento. Pero no hay que olvidar un concepto que debe estar siempre en el historiador y el artista: *vivencia*. "Vivencia -explica un moderno profesor de filosofía- significa lo que tenemos realmente en nuestro ser psíquico: lo que real y verdaderamente estamos sintiendo, teniendo, en la plenitud de la palabra *tener*".

No creo que haya que ir más lejos para comprender el significado que tiene en filosofía la naturaleza. Aplíquese esta filosofía a la historia y tendremos explicadas muchas cosas todavía oscuras inherentes a nuestro propio país, a su cultura y a su historiografía. Don Américo Castro, quien ha meditado mucho en estos problemas, ha ideado un vocablo que estima más familiar y por ende más accesible, y ha hablado de *vividura*. Un poco más del sentido de *vividura* creo yo que le está haciendo falta a nuestra historiografía.

Pero volvamos al Dr. Parra Pérez y observemos su método. Él nos explica por qué ha querido dar a su obra de historia, generalmente, un carácter escueto de narración. Esto, dice, lo hace porque

es su sistema y porque, hijo del trópico, le resulta más cómodo. ¿Será, sin embargo, sólo por esto? ¿No habrá también en este sistema una razón de estética? Veamos lo que nos dice del héroe y saquemos las consecuencias: "Un héroe basta y sobra para escribir el poema; muchos héroes permiten escribir la historia". Ningún elemento aproxima tanto la historia al arte como la figura del héroe. Y Parra Pérez, que cree en la virtud heroica, sabe bien lo que dice. Sólo que, historiador de pensar filosófico, no circunscribe el concepto del héroe a la acción guerrera sino que la traslada conscientemente al ámbito de la idea. Así su héroe no es el que gana batallas o se sacrifica en medio de un gran aparato de espadas y lanzas, sino el hombre de genio, el que insufla a los hechos históricos un aliento creador por medio del pensamiento. A este propósito el juicio que le merecen los próceres que nos dieron la independencia resulta de lo más sugerente: fue heroico el Congreso federal de 1811 porque todos sus integrantes fueron idealistas. Y por si esto no fuese bastante, en su ya citado *Marino*, en el tomo que subtitula *El Libertador de Oriente*, stampa esta declaración categórica: "No sabríamos decir si un grande hombre representa la historia o si la crea; pero es indudable que la manera más acertada de narrarla es hacerlo en función de las acciones de los grandes hombres, siendo evidente que su curso habría sido otro si algunos de éstos no hubiesen existido".

Hasta qué punto puede ser objetable esta afirmación, mirada a la luz de las doctrinas más radicales de nuestro tiempo, es cosa que no voy a ponerme a considerar en este momento. Diré sí que el tema del héroe es el centro de una polémica en la que se trata de averiguar filosóficamente el valor ideal de las masas, es decir, la virtud progresista y consciente del pueblo. ¿Y qué es, en substancia, el pueblo? cabría preguntar a esta altura de nuestras reflexiones. La respuesta parece obvia: es el conglomerado total, sin distinción de colores, razas o castas. En Venezuela, particularmente, esto no es mera retórica ni promisor idealismo sino una realidad contundente que se viene palpando desde los lejanos tiempos de la Colonia y cuya virtualidad sociológica no puede negarse en la revolución de la independencia por equívoca que pudiera parecer la conducta de las clases humildes en aquel gran evento.

No terminaré estas modestas palabras, con las que he querido traducir mi respeto y mi admiración por la obra del Dr. Parra Pérez, sin referirme aunque sea brevemente a su estilo. Desde este punto de vista creo también que el maestro es digno de una atención especial. Su elegancia de narrador, su finura y riqueza de matices, su donairoso ironía y su dominio cabal del idioma ofrecen a su vocación de escritor un admirable vehículo para sus universales conocimientos. Es por

esto uno de esos raros artífices de la historia que se leen con emoción y deleite. En sus ensayos sobre la Marquesa de Custine, por ejemplo, creo encontrar la faceta más sugestiva de esta singular cualidad. Son trabajos tratados con la finura y plasticidad de los mejores prosistas franceses. Galano y galante ante la voluble pero fervorosa Delfina, nuestro escritor se nos muestra como un avezado psicólogo. Delfina es varia: bella y reflexiva, frágil y profunda, veleidosa y constante. Se requiere ser un artista para lograr en esta faceta de la vida del Precursor la estupenda síntesis que Parra Pérez nos ha ofrecido. Algo semejante, aunque salvando, naturalmente, las circunstancias, se puede decir de la semblanza del Coronel Conde de Adlercreutz en la que el autor examina la psicología del interesante extranjero teniendo por fondo una época turbulenta, entretejida de intrigas y de gestos bárbaros pero coloreada a la vez por los atisbos de un pueblo encendido por el fervor revolucionario. Pero quizá lo que mayor interés -y aun sorpresa- me ha producido es esta imponente serie del *Marino* en la que el sagaz autor recorre el ardua camino que va de la Independencia a los más encrespados días del liberalismo. No se trata ya aquí de una obra de juventud en la que un gallardo entusiasmo podría conducir a toda suerte de audacias en lo ideológico y lo formal; sin embargo, lejos de perder o atenuar sus características juveniles, Parra Pérez las ha conservado y enriquecido. ¿Es, quizás, el influjo del héroe? ¿Es de nuevo el estímulo de Miranda que reaparece en Marino para reactivar la vocación investigadora y revivir la emoción reivindicatoria del justiciero polímata? Sea lo que fuere, lo cierto es que en esta obra, en la que el designio crítico alcanza madurez y profundidad singulares, el excelente escritor parece tocado también por una nueva inquietud estilística. Léanse los epígrafes y títulos de capítulos y se hallará en muchos de ellos una como proyección metafórica que ilumina los temas orientándolos noblemente hacia un desiderátum moral.

Concluye el Dr. Parra Pérez su notable discurso de recepción con un vibrante elogio de la libertad. Éste, el de la independencia y la libertad, fue sin disputa el móvil de los patriotas del 19 de abril y del 5 de julio. Y éste es, asimismo, para nuestro ilustre recipiendario, la meta humana por excelencia, la meta del espíritu de la historia. Dar a los hombres la libertad y convertirla en su atmósfera eterna es misión de héroes y de pensadores conscientes. Sobre ella, como en un cañamazo irrompible, bordará el pueblo la imagen de su destino.

"Miranda -escribió el Dr. Parra Pérez en sus *Páginas de Historia y de Polémica*- es y debe ser, sobre todo, el hombre del 5 de julio, consecuencia grandiosa de sus trabajos por la libertad. Aquel día entra en la historia la República, destinada a templarse en la sangre de innumerables combates." Y

hoy, 5 de julio, viene el gran mirandista a tomar asiento en esta Academia.

Que los manes de los Precursores y de los Libertadores quieran acompañarnos para propiciar este anhelado acontecimiento que nos colma de honra y nos produce satisfacción.